

EL MUSEO DE ARQUITECTURA

HACE falta crear un Museo de Arquitectura. En ello pienso siempre que salgo de visitar algún concurso o exposición de proyectos, donde muchas veces se ven trabajos de gran valor, trabajos que luego no se realizan, porque solamente uno es el elegido, y este uno, ni es siempre el mejor, ni siempre llega a construirse. También suele ocurrir a menudo el declarar desierto un concurso habiendo proyectos muy buenos, y entonces no quedan esperanzas de conservar ninguno de los trabajos presentados.

Debemos evitar que se pierdan estos proyectos, porque no llegando a realizarse la obra, ese es el fin seguro que tiene toda esa labor. El arquitecto, una vez terminado el concurso o certamen, recoge sus papeles, hace con ellos un rollo o los mete en una carpeta; quizás algún amigo los vuelva a ver; pero, poco a poco, pasan al olvido, y desaparecido el artista, es casi segura la pérdida de sus planos.

A esto asistimos uno y otro día y no ponemos remedio. No se da al proyecto la importancia que merece, y a mi entender, hay veces que tiene mayor valor que la obra ejecutada; valor espiritual, se entiende.

La labor del arquitecto tiene una parte ideal y otra material: la primera es la concepción del proyecto; la otra, su ejecución. En aquélla interviene él solo; en esta otra entran, por el contrario, otros muchos elementos. Pero en el cerebro del arquitecto luchan desde el primer momento las dos ideas: la espiritual y la material. La primera vence casi siempre mientras croquiza: por eso tienen un encanto especial los primeros diseños; sigue triunfando, pero ya con menos firmeza, en el desarrollo del proyecto, y acaba, casi siempre, vencido al ejecutar la obra. No obstante, la aspiración, y también el éxito, del arquitecto será siempre el llevar el triunfo de la idea sobre la materia hasta terminar la obra. Esto se ha conseguido algunas veces en la catedral gótica, por ejemplo.

Es, además, la labor realizada en el papel más profusa que la que llega a ejecutarse. El arquitecto sólo construye una pequeña parte de lo que proyecta.

Todo esto nos hace pensar en que la obra más importante, de más valor espiritual de los grandes artistas de la arquitectura, se pierde, se olvida, como se ha perdido toda o casi toda la de los maestros de la antigüedad.

La importancia que tendría el guardar esos proyectos no sería solamente como recuerdo histórico y artístico para contemplación de los que gustan de las Bellas Artes, sino que además sería guía, orientación y enseñanza para los jóvenes arquitectos, como igualmente tendría mucho interés el poder construir, con los planos allí existentes, algunas de las obras que sus autores no pudieron terminar en vida. También ayudaría muy eficazmente a las restauraciones.

Esto de ejecutar las obras de los grandes maestros de las que sólo dejaron el proyecto, y aquello de la enseñanza, sería lo más importante de este Museo: haría de él un Museo con vida, un taller. También sería consultivo, tanto para artistas

como para industriales, a la manera de algunas grandes escuelas de artes e industrias de Alemania y Austria. Ello produciría, seguramente, ingresos que bastarían para sostener los gastos de conservación y desenvolvimiento.

Pero de momento hay que acudir a los Poderes públicos para su creación. Convendría, para mayor sencillez, agregarlo a algún otro que tuviese analogía, como son el Arqueológico y el de Artes Industriales. A mi entender es este último el que guarda mayor relación con la idea que estoy desarrollando, puesto que es un Museo realmente de arquitectura interior, porque de artes industriales necesita la arquitectura y aquéllas de ésta, y, además, porque es un Museo con vida, quizás el único en España.

Acudo a los grandes arquitectos y a los amantes del arte y la cultura para que con su apoyo contribuyan a que esta idea, ligeramente esbozada en estas líneas, se vea pronto realizada. Quién sabe si andando el tiempo, de un modesto local donde se guardasen algunos planos, saliese toda una colonia de artistas, con estudios, talleres y escuelas donde se formasen desde los urbanistas transformadores de nuestras viejas ciudades, hasta los directores artísticos de las grandes industrias, consiguiendo así una armonía de criterio y de belleza que abarcase desde la distribución de masas de edificios y perspectivas de calles, hasta los más ligeros detalles de línea y color en la decoración de interiores.

No son ilusiones; lo que hace falta, vuelvo a repetir, es empezar; que el Estado autorice la creación de este Museo, aunque sea sin local y sin dinero, que todo ello se iría resolviendo con buena voluntad. Principio quieren las cosas.

GONZÁLEZ EDO,

Arquitecto.

